

¿SE SEPARARON POR MI? Cuando los hijos asumen la culpa

*La mayoría de los sucesos no son susceptibles
de ser hablados; se llevan a cabo en un espacio
en el que nunca han entrado las palabras.
Rainer Maria Rilke.*

Gloria Lucia Sierra A.

El amor es un afecto que ocupa un lugar de privilegio entre todas las emociones humanas, es un motor que inspira y colma, artífice mudo de las más enormes empresas, materia viva de la creación, de la palabra, de la poesía. Partiendo de observar el estatuto tan preponderante que tenía el amor en la vida de los hombres y mujeres de su época, Sigmund Freud, dedicado a establecer los orígenes del psiquismo humano, se ocupa de este notable sentimiento en los distintos momentos de su investigación.

El amor es definido por Freud como una energía poderosa, que suple como ninguna, esa falta estructural, esa sensación de pérdida que caracteriza la existencia de los seres humanos. En esa lógica, podremos comprender también, que su emergencia se constituya en un evento para la vida psíquica, que altera la estabilidad emocional, que debilita la voluntad del sujeto y hace de él un ser profundamente vulnerable. Cuando estamos enamorados, afirma Freud, estamos en un estado casi febril en el que nos obnubilamos, en el que vemos lo que no existe y engrandecemos sin límite al enamorado, con tal de acceder a su mirada.¹

Reconociendo la naturaleza y alcances del amor, nos cuesta entender cómo seguimos prestando nuestro cuerpo para que sea escenario de semejante amenaza subjetiva; pero no hay duda, lo hacemos una y otra vez, en particular en esta época en la que si las cosas dejan de ir bien existe una posibilidad de dejar de estar juntos para recomenzar de nuevo. El divorcio, más allá de los prejuicios morales y de sus efectos legales, en ocasiones muy catastróficas, es una alternativa con la que contamos los habitantes de la contemporaneidad.

Esa favorabilidad que esta época le otorga a las parejas no es, sin embargo, conveniente siempre ni para todos. No podemos olvidar que en muchos casos el divorcio no es de mutuo acuerdo, lo que significa que uno de los cónyuges, queda en un estado anímico muy complejo en el que se menoscaba su estabilidad y su confianza. Lo anterior sin mencionar los efectos que para los hijos tienen, de una u otra manera, la separación de sus padres.

¹Freud Sigmund, *Enamoramiento e hipnosis*, Biblioteca Nueva, Madrid 1981, p.2588

En los casos en que el divorcio aparece como iniciativa de uno de los miembros de la pareja, y no como una decisión concertada, es común que quien no ha decidido la separación, presente resistencias que se ocupen de tratar de conservar el vínculo amoroso; no obstante, es claro que en este punto de la historia de las parejas, difícilmente las determinaciones tomadas puedan echarse atrás.

Ante la inminencia de la separación, muchos padres acuden a sus hijos como estrategia para tratar de detener al que se marcha, o como testigos que avalen la decisión de divorciarse. Esta actitud involucra en el proceso de la pareja a los que no se debe implicar, a los niños, ubicándolos como agentes activos de un evento para el cual no están preparados, y sobre el cual no pueden tomar posiciones.

Este acto desesperado, si bien se entiende como producto del dolor y de la impotencia, no puede dejar de ser reconocido como una conducta que somete y violenta al niño, de manera grave. De los efectos de esta participación forzada, dan cuenta muchos de los traumatismos que emergen en la vida posterior del sujeto, a través de manifestaciones que en muchas ocasiones no reconocemos, pero que hayan su origen a través de un análisis de los síntomas.²

Para ilustrar lo señalado, presentaremos un caso clínico en el que puede observarse, de manera evidente,

²Freud Sigmund, *El sentido de los síntomas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1981, p. 2282

el efecto nocivo y determinante en la vida de quienes, en su infancia, fueron incluidos como protagonistas del divorcio de sus padres.

Los padres de Manuel se casaron estando muy jóvenes y emprendieron, como cualquier pareja, los proyectos propios de los recién casados de su época: casa, hijos, familia. Al principio todo marchó bien, pero en cierto momento se empezaron a presentar las dificultades; el padre de Manuel dejó de trabajar y los compromisos económicos pasaron a ser, todos, responsabilidad de la madre. La relación entre ambos empezó a deteriorarse, ella reclamaba la participación de su esposo y él, en la medida que era recriminado, incrementaba las ausencias en su casa e iba desapareciendo poco a poco del escenario familiar.

Manuel quería mucho a su padre, de él recibía atención y cariño cuando las condiciones eran normales, sin embargo, cuando empezaron a deteriorarse, el vínculo entre padre e hijo también se vio afectado. Manuel entendía las razones de su madre, sus protestas, sus reproches, pero se resistía a considerar a su padre un irresponsable, tal como ella lo señalaba. El niño no perdía las esperanzas de que papá recuperara sus ganas de vivir, y su estatuto dentro de la familia; por esta razón oscilaba entre el silencio y el llanto cuando los enfrentamientos se hacían insoportables.

La situación del padre fue empeorando en el tiempo, puesto que además de no querer trabajar, empezó a no querer vincularse con nada. De ese modo inició el

divagar por las calles, el pasar la vida en las esquinas, y el descuido en su apariencia personal. Cuando el niño se dirigía a la escuela con sus compañeros y vecinos, se lo encontraba a su paso en cualquier acera como quien se topa con un vagabundo, sucio y entregado a su suerte.

Ese encuentro dañaba en lo más íntimo a Manuel. En su subjetividad empezaron a marcarse huellas indelebles de vergüenza y desesperanza, que dieron origen a un malestar generalizado e incontenible que emergía en el momento menos esperado, aún cuando las circunstancias de la vida eran favorables. Manuel se hizo presa de la angustia, esa afección psíquica que corroe y desespera, esa que no se logra ubicar en el cuerpo, pero que a la vez lo desarma, lo invade, lo inmoviliza.³

La madre del niño llevada hasta el extremo por la posición de su marido, decide divorciarse y en la natural dificultad que implica iniciar este proceso, acude a quien comparte de manera más cercana su desgracia... Manuel, su pequeño hijo.

El niño, por su parte, hace acuso de su coraje para auxiliar a su agraviada madre, y asume la posición del hombre que la protege y apoya en su decisión. Nadie sabe que, en su interior, el niño está destrozado con la realidad que se le imponía sin remedio, abandonar a su padre y además de ello, ser solidario con su madre en ese acto.

³Freud Sigmund, Inhibición, síntoma y angustia, Biblioteca Nueva, Madrid 1981, p2881

En pocos meses el divorcio se hace realidad y Manuel y su madre se trasladan de la casa en la que años atrás habían vivido como una familia. Los proyectos de la nueva vida atenúan el impacto de la separación; el niño es animado con las oportunidades que les proporciona el cambio, nuevos amigos, escuela y entorno. El entusiasmo, de ese modo, encubre a la tristeza y así permanece intacto por un buen tiempo; sin embargo al pasar de los días y a través de los simples acontecimientos de la cotidianidad, lo reprimido retorna inexorablemente y aparece en la subjetividad de diversas maneras. Veamos cómo lo hace en este caso.

Manuel había sido desde muy pequeño un consagrado deportista. En la escuela pertenecía a los equipos más destacados y como actividad complementaria lideraba otros grupos en el barrio. Era alegre, propositivo, dinámico. En el nuevo vecindario hizo lo necesario para hacer amigos y participar en las actividades que se le ofrecían. En la escuela se condujo del mismo modo; de cierta manera su objetivo de ser aceptado se estaba cumpliendo, no obstante algo que no comprendía empezaba a ocurrirle; dejaba de asistir a las reuniones y entrenamientos, sentía pereza, se enfermaba. Su madre lo animaba y acompañaba cuando era necesario, inventaba nuevas opciones, implementaba todo tipo de estímulos, pero nada parecía funcionar; Manuel sólo quería ver televisión y permanecer en la casa.

Poco a poco empezó a perder contacto con todo, estudiaba por cumplir con su obligación y comía demasiado. La obesidad apareció como otra manifestación del síntoma

que empezaba a denunciar en el niño, la existencia de un fuerte malestar subjetivo.

Manuel estaba muy triste, pero no lo expresaba abiertamente; no era que lo ocultara por su voluntad, no era que disimulara, era que él mismo no lo sabía, no al menos conscientemente. Esa tristeza atravesaba su vida, lo constituía, se convertía en su esencia. Extrañaba a su padre, temía por su suerte y se sentía culpable de haberlo dejado solo.

De él había recibido todo, fue su ídolo, su apoyo, su confidente. De él tomó el gusto por el deporte y por la música, con él aprendió a hacer amigos. Ahora papá no estaba, y no estaba no sólo en su presencia, tampoco estaba en la imagen con la que había crecido de él. Cuando lo recordaba mutaban en su pensamiento héroes y vagabundos, mezclados, confundidos, aterro-rizantes.

¿Qué le había pasado a su padre? ¿Por qué se había derrumbado? ¿Por qué lo había dejado solo con su madre?

En la escuela, el niño pasó de ser un excelente estudiante a presentar los más bajos rendimientos, de nada servían los esfuerzos de los docentes, los cursos de nivelación, la preocupación y buena disposición de la madre. El niño quería mejorar sus notas y tenía muy buenas condiciones intelectuales para hacerlo, pero literalmente no podía; estaba inmovilizado por dos lazos que apretaban cada

vez más fuerte, de un lado el dolor y la culpa, y de otro lado, la identificación que se estaba gestando con ese padre sin ganas de nada, con ese padre derrumbado y sin deseo.

La identificación es el enlace afectivo más fuerte y temprano⁴; podríamos pensar con esta afirmación que al identificarse, el niño inventa un modo para poder permanecer unido a su padre. Esta lógica que se construye en la clínica del psicoanálisis, en razón a que el niño es llevado por su madre a la consulta, puede ser ignorada si abordamos el caso de Manuel solo desde la fenomenología que presenta. Puede ocurrir también si nos interesamos exclusivamente en combatir los efectos del síntoma, y no en comprenderlos.

Además del fracaso escolar, a la madre de Manuel le preocupaba mucho la desvinculación que el chico estaba haciendo de su mundo. En poco tiempo había dejado de ser el líder nato que se distinguía entre sus compañeros por su alegría y disposición. Dejó también de ser cariñoso y espontáneo, perdió todo interés por sus juegos y actividades, y pasó a convertirse en un ser solitario, pasivo, asocial e inexpresivo. Esta última condición es la que interroga de manera definitiva a la madre, y la que la obliga a su vez a buscar ayuda.

Manuel se encuentra actualmente en tratamiento; está haciendo un duro trabajo que lo conduce a hablar de su padre, de lo innombrable de su dolor. Durante el proceso

⁴Freud Sigmund, *La identificación*, Biblioteca Nueva, Madrid 1981,p2585

ha ido a visitarlo un par de veces y lo ha encontrado en la misma condición en la que lo dejó. Tal vez ha em-peorado, afirma, parece que no quiere nada sin nosotros. Papá dice que lo abandonamos.

Este sentimiento de culpa agobia sensiblemente al niño. El se siente responsable de dos cosas: de la decisión tomada por su madre, que terminó por desintegrar el hogar en el que, aún con dificultades, crecía seguro, y de la desgracia de su padre.

Para evitar esta sensación en el pequeño, no son suficientes las palabras de la madre aunque, cabe anotar, le hacen más bien lo que le haría un silencio que no aborde el tema, como ocurre en muchos otros casos. No son suficientes tampoco los consejos, las distracciones, ni las compensaciones. La culpa se instaló en el corazón del niño, desde el momento en que la indefensión de su madre, y el hecho de que ella se dirigiera a él como interlocutor, para afianzar la decisión de su divorcio, le obligaran a tomar partido, abandonando en el acto a su padre.

Para que los niños no se endosen el divorcio de sus padres, y se hagan víctimas de sus efectos, es necesario proceder con mucha delicadeza mientras se está viviendo el proceso de ruptura. Al respecto podemos enunciar algunas consideraciones que pueden ser tenidas en cuenta; sin embargo, es menester dejar muy claro que, en cada caso y dependiendo de la particularidad de cada niño, las separaciones y los duelos en general, son

vividos de distinta manera y producen consigo efectos de naturalezas diversas.

Tengamos presente, que la figura de la madre, así como la del padre, son de vital importancia en la conformación de la subjetividad de un niño. Ambos, y cada uno en su función, aportan elementos fundamentales para la inscripción de su hijo en la comunidad, en la cultura, en la ley. Ambos son referentes necesarios para la identificación, proceso que hará posible su conformación como sujeto, con debilidades y facultades propias, con modos particulares de responder y de defenderse.

La identificación le permite también al niño, hacer una elección en la posición sexual, designación que determinará a su vez sus preferencias en ese aspecto. Para que los padres cumplan las funciones anteriormente descritas, no tienen que ser parejas perfectas, ni ciudadanos intachables, basta que hayan alojado al niño en su deseo, que lo nombren y reconozcan y que se presten como referentes para que el pequeño construya lo que será su propio mundo.

El valor que tienen ambos padres en la vida del niño, es suficiente razón, para que consideremos la importancia de ser sumamente prudentes, en el evento de que la separación sea inevitable. En muchas ocasiones la situación de la pareja no permite que se prolongue más la convivencia, pero esto no significa que el niño tenga que separarse también.

La distribución de las custodias, vacaciones, obligaciones y aportes en general, son asuntos de exclusiva

incumbencia de los padres, escúchese bien, de su exclusiva incumbencia. No es justo, ni conveniente, desde ningún punto de vista, que los niños se pongan en el lugar de cobradores, abogados, vigilantes, informantes o jueces. En el caso en el que uno de los cónyuges se niegue a cumplir con sus obligaciones, puede acudir a las autoridades competentes, si así se decide, pero no es pertinente usar, de ninguna manera, al niño, para conseguir cambiar esta situación.

Una conducta muy frecuente, en especial en el miembro de la pareja que aun está ligado afectivamente a su ex cónyuge, es denigrar de este y hacerle aparecer, ante sus hijos, como un ser sin valor. Esta manera de tratar la realidad, es consecuencia del resentimiento que se siente por el otro, por haber dejado la causa que en cierto momento los unió. En períodos como estos, en el sujeto se juegan emociones de mucha complejidad, el narcicismo se encuentra generalmente golpeado, pueden hacerse presentes la más antiguas angustias y temores, se activan sentimientos de derrota y de culpa.

Inculpar a quien fue nuestra pareja, restablece ante nuestros propios ojos, de manera imaginaria, nuestro ego. Si hacemos al otro responsable de la ruptura totalmente, podemos estar aparentemente más tranquilos con nosotros mismos y con los demás. Estas estrategias y otras similares, pueden distraer el sufrimiento y retardar el momento de la verdad que irremediamente se desnudará sin reservas. Es elección de cada sujeto enfrentar su historia, más tarde o más temprano, o vi-vir vendado por el resto de la vida. Esta determinación

corresponde al fuero interno de cada ser, por ello es menester tener claro, que otro asunto muy diferente es el que concierne a los hijos.

A los niños hay que dejarlos descubrir a sus padres por sus propios medios, no podemos imponer aunque deseemos, una imagen determinada de alguno de ellos. Si amamos a nuestros hijos no debemos destruir la concepción del padre que antes fue nuestra pareja, eso habla mal incluso de nosotros mismos. Los niños se sienten más seguros, si tienen en buen concepto a sus progenitores. Los puntos de identificación que localicen en cada uno de ellos, se constituirán en la sustancia de lo que serán sus propios valores.

De otro lado, cada hijo integra, relativiza y comprende, a su manera y en su momento, las dificultades y carencias que caracterizan a sus padres. En esta labor no se necesita, de ningún modo, de otras versiones; finalmente la vida misma se impone con su realidad y le mostrará a cada quien, de qué forma registró en su propia historia, el devenir de la de sus progenitores.

